

La Libertad Cristiana: la opción para una vida auténtica

por Luis Farré

1983

Acudimos al vocablo libertad para aprobar o condenar determinados actos; pero son escasas las personas que se demoran en el conocimiento de lo que significa libertad. Y, en caso de hacerlo, destacan casi siempre actitudes o motivos aparentes. Proceden así, no solamente las personas sencillas, sino también muchos estudiosos e incluso algunos que engloban la libertad, actitud en sí elogiada, en la búsqueda o sensibilidad religiosas. Indudablemente, la libertad, bien lo sabemos, ocupa un lugar central en nuestro comportamiento como seres humanos. Por lo tanto, la religión, no importa cuáles sean sus creencias, pero de una manera destacada el cristianismo, debe aproximarse a una equitativa interpretación, si quiere realizarse en su pureza bíblica.

Lutero, fiel a una tradición cristiana no siempre debidamente evidenciada, comprendió ya en los inicios de su transformación religiosa, la necesidad de esclarecer bíblicamente el significado y el cultivo de una auténtica libertad. Por esto, impulsado a destacar la base para un posible acuerdo entre todos los que se consideran cristianos, dedica al Pontífice León X, el breve, pero claro y profundo *Tractatus de Libertate Christiana*, Tratado sobre la Libertad Cristiana.

"Es poca cosa, le dice, cuando se considera el volumen, pero si no me equivoco, es la suma de la vida cristiana expuesta en forma breve, si te fijas en su sentido". Este tratado, me atrevería a afirmar, destaca y evidencia un modo de ser cristiano vivido por aquellas personas, adictas a la reflexión y piedad bíblicas. Lo insinúan teólogos que se arriman a la Biblia, no con mero afán especulativo, sino cordial y sentimentalmente. Luego que Lutero sintetizara su pensamiento en este tratado y, más ampliamente, en otros escritos, teólogos e incluso filósofos y psicólogos que expusieron el problema no pudieron eludir sus exigencias implícitas. Me limitaré a destacar sus aspectos básicos, indispensables para la vivencia y comprensión del cristianismo. Lutero, en su interpretación del cristianismo, invita a que sinceramente procuremos conocernos, retrayéndonos a nuestra intimidad. Vivimos en el mundo; pero conviene, para no extraviarnos en el tráfago y murmullo mundanos, que atendamos a lo que realmente somos y cómo nos comportamos. Paso inicial para rectificarnos ante el prójimo, ante nosotros mismos y, principalmente, ante Dios. Quien procede y actúa, ausente de esta íntima concentración, carece de autenticidad, es segura víctima de lo que va aconteciendo, e incapaz de reacciones nobles, sobre todo en aquello que más íntimamente le concierne. Procede en constante sucesión de aceptaciones y rechazos, conforme a superficiales apetencias del momento.

Hablará de su libertad, pues parece proceder ajeno a cualquier influencia no evidenciada; pero está sumergido en apariencias. Sus actos, indiferentes, malos o buenos, que harían hincapié en los buenos, fluyen de un ser aparente, no auténtico. Carecen de nitidez. ¿No estarán inspirados por un afán exhibicionista, a la espera de una recompensa o por el temor a la incomodidad o el castigo? No es fácil, caso de quedarnos en lo aparente de nuestro obrar, juzgarnos y apreciarnos debidamente. Me inclinaría a pensar que hay en esta forma de obrar mucho de irracional, muy similar al instinto animal: la búsqueda de lo agradable y el rechazo de lo desagradable. Claro, puesto que somos humanos, revestiremos nuestras decisiones, para justificarlas, con aparentes razones tranquilizadoras.

Un cristianismo superficial, si es que puede llamársele cristianismo, procede con este estilo. Pero, como dice Lutero: "Algo completamente distinto ha de ser lo que dé al alma bondad y libertad, porque todo lo indicado, obras y actos, puede conocerlo y ponerlo en práctica también un hombre malo, impostor e hipócrita". Un obrar cristiano recto se afirma en una libertad bajo ningún aspecto condicionada. Comprendemos que es sumamente difícil juzgar sobre la pureza de nuestra conducta, pues la psiquis está sumamente imbricada y no nos ayuda a acertar arraigada en una libertad maleada.

Insistimos en lo último. Vamos existiendo acomodados al ambiente, ambiente no elegido: familia que nos cuidó y encaminó, formación escolar y religiosidad tradicional, encuentros, lecturas y otras constantes influencias que, inevitables, nos circundan. Crecemos, formándonos e informándonos a través de circunstancias mayormente no elegidas que impresionan nuestra mente, voluntad y sentimientos.

¿Hasta qué punto, podemos preguntarnos, somos nosotros mismos, producto de una libertad auténtica; o una suma, más o menos equilibrada, de lo que nos ha ido aconteciendo y que nosotros, casi pasivamente hemos aceptado? Agreguemos a esto un instinto de conservación, ínsito e irreflexivo, que disimula lo que, en realidad, quizá no sea sino interés, ambición o vanagloria.

A juzgar por lo que observamos en el mundo, forman multitud los que viven entregados., a un existir aparente, víctimas de las circunstancias y de los instintos. Incluso dentro de esta multitud figuran hombres que se destacan. Supieron manejarse sutilmente entre vocablos y actitudes de simulación. Apenas si dispusieron de tiempo para concentrarse y enfrentarse con la búsqueda de su autenticidad. Podría abundar en citas y narraciones de autores no cristianos que describen esta clase de existencia. Algunos denominan a nuestro planeta el gran teatro del mundo, pues son innumerables quienes actúan disfrazados con miras al éxito.

Reflexionemos sobre esta situación. Según Lutero, que contempla este actuar teatral y con frecuencia trágico, desde las alturas del cristianismo, no se trata sino de "gente impostora". Expresión recia, pero que debería despertarnos al verdadero conocimiento de nosotros mismos; o, por lo menos, el ansia de conocernos. Comprendo que la vida acosa tan densamente que es sumamente difícil lograr aquella agilidad que facilite el acercamiento sin estorbos a nuestra autenticidad. Desde los inicios del pensar humano, se ha insistido en la necesidad de apurar los medios para alcanzar el mejor conocimiento de nosotros mismos. ¿Hasta qué punto hemos avanzado?

No sólo el obrar, sino también el conocer, deben afianzarse en la libertad. Una cultura condicionante no forma hombres libres; es inútil que de ella esperemos un obrar auténtico. Estoy examinando, no lo ignoro, un aspecto sumamente delicado, aunque, a mi parecer, sería el problema humano y, por lo tanto, también religioso de máxima importancia por sus consecuencias. Un obrar verdaderamente libre supone adentrarse en un autoconocimiento muy difícil de conseguir. Cuando aspiramos a conseguirlo, somos ya adultos. Y ser adulto, permíteme el interrogante, ¿no equivaldría con demasiada frecuencia a estar ya adulterado? Hemos recibido impactos educativos y formativos de toda índole, desde la infancia, y, a través de los mismos, queremos ahora apresarnos en lo más auténtico de nuestro ser.

Pero este intento de apresarse en y desde la propia libertad recuerda los esfuerzos de personas religiosas y de muchos filósofos y psicólogos que fracasaron. La aventura para acertar con la raíz de lo humano, la libertad, se ve siempre demorada. Parecería imposible llegar a una visión clara. Sin embargo, no podemos renunciar a este examen, pues creemos que sin libertad no hay propiamente hombre. Las conclusiones son diversas; algunos la niegan y opinan poder demostrarlo partiendo de conocimientos y búsquedas también condicionantes; otros, veleidosos y superficiales, la dan por segura y presupuesta; por último, los más prudentes, comprenden la

imposibilidad de la demostración, pero reconocen su necesidad para el ser del hombre, elevándola a un punto trascendental, por encima de la razón humana, necesaria, pero indemostrable. Así procedieron Kant y otros. Elevar la libertad a un estado trascendental casi equivale a proceder con fe.

Algo, sin embargo, nos resulta evidente. Ansiamos un punto de apoyo que tranquilice y guíe nuestro tránsito por el mundo. La negación absoluta no satisface.

Vivir oscilando, sin algún punto de apoyo suficientemente firme, amarga la existencia. Podemos comprender la voluntaria eliminación a que han acudido personas inteligentes y reflexivas, bloqueadas por interrogantes a los que no podían responder. Creo que el cristianismo ofrece una solución tranquilizante. Y Lutero la destacó, convirtiéndola en el punto central de su religiosidad.

La evidencia, plena claridad en los actos que realizamos y en los propósitos que nos guían, se nos otorga muy raramente. Permaneceríamos inactivos, si nos queremos guiar exclusivamente por ella. Deambulamos con relativa seguridad; gracias a continuos acatamientos confidenciales en relación a aquellas personas con las cuales debemos convivir. Sólo accedemos a la duda, si algo inesperado parece interrumpir el normal desarrollo de los hechos. Hay una fe que denominaríamos humana, que nos acompaña constantemente en nuestras relaciones con los familiares y amistades, y en el normal desarrollo de nuestro existir en el mundo. El extremo desconfiado amarga su propia existencia y la de quienes viven a su alrededor.

El hombre religioso, en este caso el cristiano, está inmerso y procede en y desde un ambiente que denominaríamos sobrenaturalizante. Un existir en Dios, mediante Cristo. Un existir que no surge de su propio ser, sino que le ha sido otorgado gratuitamente. A lo más, si reflexivo y consciente, advertirá un profundo vacío decepcionante, al querer atender sólo a su naturalidad. La relación con Dios es oscura aspiración que sólo se esclarece cuando se nos otorga y eleva por gracia. Y, en este caso, el hombre imponiéndose silencio, no puede sino entregarse, rendirse. "Porque cuando se cree con el corazón, entonces se es justo y bueno", dice San Pablo (Romanos 10: 4) citado por Lutero.

Crear con el corazón es entrega, rendición, sin poder alegar nada, sino una extrema indigencia. Similar al niño desvalido ante la madre, depositaria de su plena confianza. La fe adviene, se nos otorga, cuando, doloridos, esperamos conscientes de la vacuidad de nuestros ser y existir. Reconocimiento de una finitud siempre ansiosa y que sabe no podrá debidamente realizarse, mediante sus propios esfuerzos. Nada aportamos, sino el sincero reconocimiento de nuestra pobreza. No es una actitud mental, producto de la reflexión, sino principalmente vivencia de nuestra condición humana.

Detengámonos a examinar cómo los humanos administramos la existencia. Esto es preciso para vivir y sentir la religiosidad. El hombre no religioso vive extraño a sí mismo, supeditado a cuanto le va aconteciendo. Pertenece al mundo, no a Dios, lo que es indispensable para el encuentro de sí mismo. El entendimiento, avivado por la imaginación, proyecta con miras a realizarse a sí mismo y en sus encuentros con los demás. Sin embargo, al proceder, casi siempre debemos movernos en zig-zag para un objetivo que, una vez logrado, no satisface plenamente. Estamos tan habituados que admitimos como triunfos los sucesos corrientes de la existencia. El cristianismo sincero, sabe, como dice Lutero, que "en su carne late un rebelde, una voluntad inclinada a servir al mundo y a buscar lo que más le deleita".

¿Podemos, por lo tanto, presentarnos ante Dios como actores de hechos meritorios? No nos conocemos, repito, sino muy deficientemente, pues la vanidad, el orgullo y un sutil egoísmo operan con astucia. Son suficientes para nuestras relaciones humanas, pues la imperfección nos iguala a todos; pero de nada nos sirven ante la omnisciencia divina. Ante Dios "tu vida entera y la totalidad

de tus obras nada valen", afirma Lutero. Es una conclusión que se impone a todo aquel, verdaderamente religioso, que haya tenido la suficiente franqueza de examinarse a sí mismo. Algunos, los pesimistas en la incredulidad, se resignan amargados, se enfurecen rebeldes o, desesperados, se eliminan.

Entregarnos al refugio de la fe equivale a buscar una solución que nos redima en y desde nuestra condición humana. El creyente, incluso el más agudo conocedor de su ser y ambiente, no ignora que la finitud lo envuelve; que su realización en el ahora y en sus proyectos no los puede esperar de sí mismo ni de su prójimo. Sólo conseguirá éxitos aparentes que pronto se diluyen en la nada. Necesita la fe, que se le otorgue, pues él apenas si puede anhelarla desde su extrema indigencia. Los hombres permanecemos aquí en la imperfección de nuestros límites y allá, fuera de nuestro alcance, está Dios, el infinito, el único que salva, realizándonos en Él y para Él.

Hay religiones que pretenden arrimarse directamente a Dios sin mediadores. O consideran que el ser humano es capaz de saltar desde su finitud a la infinitud; o imaginan un Dios que absorbe en sí lo humano. Parecería, cuando estudiamos la historia de tales religiones, y sus fallas, que la conexión divino-humana no puede realizarse sino por medio de un ser que intermedie. Lo avizoraron los paganos, se nos hace presente en el Antiguo Testamento; pero parecería que sólo se cumple en el Nuevo Testamento. Cristo esperanza primero y luego realidad, se convierte en intermediario único entre Dios y los hombres. Su presencia explica por qué en el Cristianismo el hombre no se pierde en una Divinidad absorbente, sino que logra en y desde la misma la posesión de la verdadera libertad.

Dios ciertamente nos envuelve, su infinitud deslumbra. Quedamos en actitud de pasmo, reducidos a la nada. Intermedia Cristo, Dios-hombre, quien establece el enlace: que no mengüe la majestad de Dios ni se extravíe lo que debe ser el hombre auténtico. "Cristo es Dios y hombre, dice Lutero, pero jamás ha cometido pecado: su justicia es invencible, eterna y omnipotente." Nos ubica en lo que debe ser la verdadera humanidad. Lo asumimos por fe, luego de comprobar nuestra absoluta incapacidad. Es Dios que procede y actúa como hombre, la perfecta autenticidad humana, a quien nos adherimos por una actitud mental y cordial plena. Nada ofrecemos, sino el clamor de nuestra nulidad. Comprobado el fracaso total, nos entregamos y confiamos.

"¿Deseas cumplir los mandamientos y verte libre de la codicia malsana y del pecado, como exigen los mandamientos? ¡Mira! ¡Cree en Cristo! En él te prometo gracia, justificación, paz y libertad plenas", enseña Lutero. Cuando actuábamos impulsados por lo que creíamos ser nuestra libertad, tropezábamos de continuo, desalentados. Ahora, arraigados en la fe, somos libres en Cristo. Tanto más libres cuanto más fuerte e intensa sea nuestra fe. Estamos todavía en el mundo, habrá desfallecimientos; pero el llamado de la fe nos devuelve al reino de la verdadera libertad. La lucha no finalizó, aunque estamos seguros de la victoria. Venceremos, porque nos hemos rendido a Cristo.

Mucho se ha disertado sobre la libertad; pero ni los filósofos ni los psicólogos llegaron a conclusiones satisfactorias. Sin embargo, nos consideramos inconcebibles sin libertad. Parecería que, en caso de no querer entregarnos al desaliento, debe afianzarse en alguien o en algo. El niño en su invalidez se afirma en la madre en quien espera y de cuyo amor no duda. Una fe incipiente que más desarrollada guía también al adulto. "El alma de aquel que con fe verdadera se atiene a la palabra divina, se unirá a la misma de modo tal que también el alma se adueñará de todas las virtudes de la Palabra", dice Lutero. En el cristianismo la fe es donación total, transformativa, que alienta y guía en los sucesivos pasos de la existencia.

La fe invade todo el ser. Transforma psíquica y espiritualmente. Nos hace verdaderamente humanos, como si nos devolviera la inocencia primordial. No la inocencia del niño, basada en el temor de lo que puede acontecerle, sino profunda mutación percibida que alivia de compromisos y

atracciones inadecuadas. Porque fe es libertad. No nos otorga la visión de cómo debemos proceder, sino que nos alienta a un comportamiento adecuado. "La persona habrá de ser ya buena y justa antes de realizar obras buenas, o sea, que dichas obras emanan de la persona justa y buena ..." afirma Lutero. Por la fe nos sentimos tan sólidamente en Cristo que parecería que estamos obrando, o nos esforzamos a obrar en y por medio de Cristo.

"Con Cristo estoy crucificado y, vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios". (San Pablo, Epístola a los Gálatas 2: 19-20). Ahí está la esencia de la religiosidad cristiana. Exige una total transformación del hombre en la fe que nos impulsa y dirige. Ha desalojado compromisos y enlaces deshumanizantes y nos ha ubicado en una libertad incondicionada, pues se apoya en la visión y comprensión de nuestra finitud, rendida a la nitidez de mi sumisión a Dios en Cristo. Quien está arraigado en la fe, también espera. Asumidas en su autenticidad, fe y esperanza son inseparables. La esperanza se acrecienta a medida que aumenta la fe. Si mi entrega es completa, como lo presuponen y exigen nuestras ínsitas limitaciones ante la Divinidad, ello presupone una plena esperanza. No hace falta formular pedidos específicos, expuestos a expresar anhelos que podrían sombrear la nitidez de la fe. Aquel a quien nos rendimos por completo, Dios en Cristo, sabe mucho mejor que nosotros lo que nos conviene. Sólo se nos pide que estemos atentos a sus llamadas, a la sinceridad de quien ha rendido sus deficiencias frente a quien sabe, mejor que nosotros, lo que nos conviene. Cuanto más firme sea la fe, más firme también será la esperanza. Funcionan y transforman a la par con la fe.

No es como la esperanza en el obrar común y humano, expuesta a contingencias nuestras y ajenas. El suceso inesperado, por muchas que sean las cautelas con que estamos procediendo, defraudan esperanzas muy legítimas y afirmadas. Frente a Dios, en cambio, por adultos que seamos y seguros nuestros conocimientos, nos comportamos como el niño ante la madre. En su inocencia y desvalimiento el niño descansa confiado. Le bastan la palabra o la mirada maternas. Sin embargo, la madre puede fallar por debilidad, impotencia o por circunstancias adversas. La esperanza que acompaña a la fe en Dios, no falla, pues su final no es el contentamiento en lo que ahora nos va aconteciendo, sino nuestra plena realización como hombres en y con Dios.

Porque, mediante la fe en la esperanza, vamos hacia la total claridad. La presentimos a pesar de las turbaciones a que estamos sometidos en nuestro existir terreno. Nuestras pobres esperanzas ahora cumplidas con admoniciones vislumbran una plenitud de cumplimiento, implícita en la fe. Pues la verdadera esperanza se afirma en la fe; y la fe, cuando es plena y auténtica, alienta y robustece la esperanza. Si lo comprendemos y, sobre todo, lo vivimos, por adversos que sean los acontecimientos que nos acompañan en la vida, no lograrán arrancarnos a la entrega que hicimos de nuestro ser mediante la fe.

Cuando hablamos de verdadera fe y de verdadera esperanza, también estamos hablando de amor. Para el verdadero cristiano los tres son inseparables. Proceden a la par; aunque el amor parece expandir más brillo. Esta es la doctrina de Lutero. Sin embargo, su mayor insistencia apunta a la fe, por haber sido la más expuesta a interpretaciones inadecuadas. Rinde con tal intensidad que todo nuestro obrar, no puede ser sino expresión de amor, de aquel amor del que habla San Pablo en la Carta a los Corintios (13: 1-13) "No son las obras, dice Lutero, el medio apropiado para aparecer bueno y justo delante de Dios, sino que se ejecutarán con puro y libre amor, desinteresadamente ..." El amor afirmado en la fe procede limpio y desinteresado, exento de egoísmo, vanidad e interés.

El hombre se libera mediante la fe, afirmado en la esperanza y expresándose en el amor." "He aquí, escribe Lutero cómo de la fe fluyen el amor y el gozo de Dios, y del amor emana una vida libre, dispuesta y gozosa para servir al prójimo sin miras de recompensa". El egoísmo que muy sutilmente se agazapa en nuestro obrar, queda anulado en el amor que se basa en la fe. Y así es como funciona la verdadera libertad. Nos liberamos en la fe de una entrega a Dios en Cristo; y, por una exigencia de amor, no podemos sino expresarnos como Cristo se expresara en sus relaciones con los hombres. El verdadero cristiano se esfuerza para que las obras fluyan limpias; diríamos con plena espontaneidad, gracias a un amor afirmado en la fe y la esperanza.

"Por la fe sale el cristiano de sí mismo y va a Dios; de Dios desciende el cristiano al prójimo por amor.", escribe Lutero hacia el final de este tratado. Y éste descenso explica el comportamiento del hombre cristiano en el mundo. Podrán conturbarlo momentos de flaqueza, pero su refugio y las exigencias de su ser transformado le recordarán la libertad que ha logrado: su íntima liberación.

"He aquí la libertad verdadera, espiritual y cristiana que libra al corazón de todo pecado, mandamiento y ley; la libertad que supera a toda otra como los cielos superan a la tierra", termina Lutero este tratado, que sintetiza el ser y el quehacer del verdadero cristiano.